

RESEÑAS DE LIBROS

BOOKS REVIEWS

DRORI, G. S.; MEYER, J. W.; RAMÍREZ, F. O. y SCHOFER, E.

Veblen sin Veblen

Science in the Modern World Polity: Institutionalization and Globalization

Stanford: Stanford University Press, 2003.

En su obra *The place of science in modern civilization* (1906)¹, Thorstein Veblen propuso que la ciencia era el producto no buscado de una sociedad tecnológica, la curiosidad ociosa o *idle curiosity* de la civilización moderna. Influido en parte por el concepto de ideología de Marx, Veblen veía la ciencia como la ideología de la sociedad maquinista y como tal, sólo por azar tenía el conocimiento científico alguna utilidad práctica, aunque viniera expresado en un lenguaje pragmático semejante al de los ingenieros. El corolario inmediato de esta propuesta es que la ciencia no contribuye al crecimiento económico ni al desarrollo de las sociedades idea que, cuando los sistemas educativos contemporáneos han sido conformados por las teorías beckerianas del Capital Humano o cuando los asesores en ciencia y tecnología duermen confiados con Etkowitz y Leydesdorff (1997) y con Gibbons *et al.* (1994) como libros de cabecera, no parece haber tenido mucho éxito.

Sin embargo, el atractivo argumento de *Science in the Modern World Polity* de Drori, Meyer, Ramírez y Schofer es muy semejante al vebleniano: la razón del ascendiente de la ciencia sobre el mundo contemporáneo no es su utilidad práctica

inmediata sino su autoridad cultural. A diferencia de Veblen y algo más cercanos al Weber de la teoría de la racionalización social, los autores sí encuentran ese ascendiente y, por tanto, una influencia práctica de la ciencia en la racionalización de las políticas de los Estados-Nación. Por otro lado, no obstante, se esfuerzan en subrayar la escasa influencia de esa ciencia en el desarrollo y el crecimiento económicos tanto como lo que llaman *desacoplamiento* (*decoupling* o *loosely coupling*) entre la institucionalización científica y sus prácticas, la falta de relación entre el discurso y su puesta en práctica. En un libro cuyo interés central es la globalización, esa influencia se describe como derramándose desde las naciones "centrales" a las naciones "periféricas". El beneficio práctico de la ciencia sería la *integración* social y los autores, aunque rechazan explícitamente el Funcionalismo representado por este término, lo abrazan a menudo implícitamente en el texto: "*Enfrentados con esta situación [las expectativas de acción racionalmente justificadas], se dan fuertes presiones a la cientización, menos por ser instrumentalmente valiosas para los actores concretos que por ser validación de la propia cualidad de actor. La altamente institucional u ontológica (o expresiva) función de la ciencia*

deviene abrumadoramente importante en el sistema actorcéntrico moderno" (página 34). La racionalidad sería hoy la base de la *cualidad de actor*, término con que vierto *actorhood* y que organiza la explicación de los autores². En la globalización, en resumen, la ciencia se presenta como la institución normativa central, el modelo y el ápice de la racionalización social difundida desde Occidente por las organizaciones internacionales: "*Tiene sentido no ver la ciencia como un conocimiento eficientemente instrumental tanto como un entramado cultural que subyace y soporta el proyecto moderno de un individuo humano competente en una sociedad racional y de un entorno domesticado en el que este actor apoderado [empowered] actúa legítimamente. Tiene sentido, dicho de otro modo, ver la ciencia como parte de la cosmología que subyace a las instrumentalidades modernas, más que ver a la propia ciencia como un instrumento*" (p. 12). Argumento vebleniano, otra vez, para el que la ciencia se presenta así como una religión secular, un "dosel cultural" o *sacred canopy* bajo el que se cobijaría el actor racional: "*El primer problema de cualquier actor legítimo moderno es crear y mantener la propia cualidad de actor (no conducirse racional y efectivamente)*" (p. 35). Definida

así, esta ciencia *qua* institución normativa tendría una influencia capital y un efecto independiente en la globalización y en la manera en que ésta conforma los Estados-Nación actuales, sus políticas y sus organizaciones.

Esta tesis de aire vebleniano está respaldada en la obra por una excelente investigación empírica. Acostumbrado al descuido habitual de los estudios de ciencia el lector agradecerá el aire fresco –aunque algo seco– de un trabajo preparado para ser falsado, con su elaboración teórica, su juego explícito de hipótesis, su descripción detallada de los datos y los métodos empleados, su consiguiente comprobación empírica y su discusión final, trabajo del que el capítulo sexto es un ejemplo sobresaliente. Cada uno de los capítulos del libro se ocupa de los diferentes aspectos del argumento: la expansión en el número de las organizaciones internacionales dedicadas a difundir la cultura científica y de las asociaciones de científicos, el crecimiento en el número de países con ministerios dedicados a la investigación, el isomorfismo tanto en los *curricula* académicos y en los libros de texto como en la participación de la mujer en las profesiones investigadoras y también en la difusión de los diferentes campos científicos, y, por último, la estandarización general de las prácticas de los gobiernos y particular de la definición de campos como el medio ambiente o la democratización. Uno de los capítulos centrales, el décimo, publicado antes en *American Sociological Review*, se ocupa de la mencionada falta de efecto de la investigación científica y técnica en el desarrollo económico de los países. El capítulo séptimo había expuesto ya la perplejidad ante un resultado semejante, la escasa relación entre la creación de los organismos científicos que recomiendan las organizaciones internacionales y la falta de desarrollo a menudo, en la práctica, de

las actividades que formalmente apadrinan. Un problema que ya había adelantado Finnemore, a quien citan profusamente, en dos trabajos anteriores (1991, 1996). Los autores lo explican por el mencionado desacoplamiento de las prácticas y por la negativa influencia de algunas ciencias más relacionadas con las sociedades opulentas y que, como la medicina o la ecología, frenarían el crecimiento económico. Estos argumentos, no respaldados en absoluto por la rica evidencia que proponen parecen antes explicaciones *ad hoc* para aliviar esa perplejidad de los autores que el resultado esperado de su investigación: como pondré un poco más adelante, ésta es la principal debilidad de su trabajo.

Pero es el descuido en la elaboración teórica lo que debilita el argumento. La idea de la ciencia como institución normativa que se difunde desde los países centrales convierte este trabajo, como el Neoinstitucionalismo de Meyer, en una reedición acrítica del Funcionalismo y de un Difusionismo *naïve*. Del Funcionalismo hereda el problema de las explicaciones que deben ser a su vez explicadas. Así, el desacoplamiento de las normas y su aplicación, entre lo que se dice y se hace, exige explicar por qué hay acoplamiento en algunas ocasiones y por qué no en otras, como exige explicar por qué el investigador espera que se produzca. El problema del Difusionismo es semejante, como se mostró en la antropología social clásica, porque exige aclarar por qué un comportamiento, una institución o una tecnología se difunde en una sociedades y por qué no en otras: al hacer esa aclaración el investigador descubre, muy a menudo, que tanto la difusión de un rasgo cultural como las diferencias en esa difusión dependen la forma de esas sociedades "influidas", de sus demandas y de las condiciones en que las innovaciones se reciben. Y con ello la explicación resulta ser no tanto el mecanismo de difusión o la

fuerza moral o intelectual de lo difundido como las necesidades de las poblaciones receptoras.

El problema aún es un poco más profundo y está en el argumento. Su propuesta central es rara: la ciencia representaría la racionalización social y la produciría a su vez; la difusión de las prácticas científicas en otras sociedades producirían en sus individuos y organizaciones aquella *cualidad del actor racional (rational actorhood)* que define la racionalización social moderna. Sin embargo, como vimos, los autores nos advierten de que el principal problema del actor legítimo es el de crear y mantener su propia cualidad de actor y, subrayo yo, "*no el actuar racional y efectivamente*". Según parece, para alcanzar la cualidad de actor racional la acción racional no es la primera condición, sustituida por alguna clase de asunción irracional y quizá trascendente. La racionalidad a través de la no-racionalidad.

No se trata de un desliz de la página 35, ya que se insiste en el argumento en otras partes del texto. En particular, es el respaldo de la idea del "acoplamiento suelto" o del "desacoplamiento" de los discursos y las prácticas según la cual algunos gobiernos de países en desarrollo crean los organismos científicos que les han sugerido la OCDE o la UNESCO, pero no producen ciencia. O no la ciencia que se les demanda, como la investigación industrial o la innovación tecnológica de la Cataluña de su primer ejemplo, que toman de Bellavista y Renobell (1998). El resto de sus ejemplos son semejantes, cuando los que describe Finnemore en su investigación paralela hubieran sido más ilustrativos (1996): en su trabajo, Martha Finnemore recuerda cómo en algunos países el número de funcionarios en las burocracias científicas es mayor que el número de científicos en activo; como en el caso concreto de Su-

dán, donde los funcionarios de la UNESCO tuvieron dificultades para encontrar científicos capaces de escribir los proyectos de nuevos centros de investigación, "(...) *por no hablar de dotarlos de personal una vez creados*" (Finnemore 1996, 64). Si en lugar de *loosely coupling* hablamos por ejemplo de cinismo de las élites locales frente a las propuestas de la UNESCO o del Banco Mundial comprenderíamos que la racionalidad de estos actores es de otra clase. Drori, Meyer, Ramírez y Schofer rechazan explicaciones sencillas como la imitación o la presión política y enfatizan, frente al buen criterio de la navaja de Occam, "(...) *los procesos ritualísticos normativos de creación de identidad que son interpretados por entidades estados-nación orientadas al progreso*" (p. 157); cuando, sin embargo, habían presentado evidencia de que los países en desarrollo son "*más sensibles a las 'modas mundiales'*" (p. 132).

El juego de indicadores con que se operativiza es suficiente para demostrar, incluso de forma brillante, la influencia de la esfera política mundial en las decisiones de los Estados de crear burocracias científicas: el aumento en el número de países con organizaciones de investigación o con ministerios de ciencia, el incremento del número de las organizaciones intergubernamentales o internacionales no-gubernamentales o el aumento del número de organizaciones internacionales de educación científica (p. 3) bastan incluso para demostrar el aumento del interés de algunos gobiernos por producir ciencia y tecnología, alentados quizá por la creencia de que ésta produce desarrollo (y de otros por las presiones del Banco Mundial). Pero no es suficiente para demostrar la versión grandilocuente del argumento, que la autoridad de la ciencia produzca racionalización social y se convierta por ello en el corazón normativo de la globalización. La creación de ministerios de ciencia no

implica racionalización y, desde luego, no produce racionalización. El aumento de los miembros de una asociación científica puede ser indicador de un aumento de esa racionalización, pero no se explica por la propia creación de la asociación: quizá los autores confunden instituciones con organizaciones. De la misma forma los resultados de su capítulo décimo demuestran antes el sencillo argumento vebleniano de la ciencia como subproducto de una determinada sociedad que el que ellos proponen de una influencia normativa, asumida además de forma irracional: el volumen de la producción científica no influye en el crecimiento económico –ni aun haciendo la injustificada separación entre ciencia aplicada y ciencia no-aplicada– a pesar de que la producción científica y técnica de los países se correlaciona estrictamente con su nivel de desarrollo³.

Quizá los problemas de su argumentación procedan de su desconocimiento o su ignorancia de algunos clásicos de la disciplina, o de algunas de sus discusiones clásicas. Así, por ejemplo, Veblen no es citado en ningún momento pese a ser, además, el padre de una de las versiones del institucionalismo con más reconocimiento contemporáneo. De Weber se menciona en una página del capítulo de conclusiones su idea del desencantamiento del mundo, pero no se discute la tesis del aumento de la racionalización social (que en Weber implica algo más que el aumento de la autoridad de la ciencia) más coherente con las operativizaciones de los autores. De Merton, tras haberlo rechazado en la introducción (p. 7), se recoge la muy discutida teoría de los CUDEOS, cuando una buena elaboración de su weberiana *Science, Technology and Society in Seventeenth Century England* hubiera sido más interesante para el argumento. Pero es que ni Meyer ni Ramírez, los profesores que animan este volumen pluridisciplinar son especialistas en Sociología de la Ciencia, ni

siquiera de ese campo más extenso y lábil que agrupa los llamados Estudios Sociales de la Ciencia. Ni lo son sus alumnos, de los que sólo Drori y Schofer firman como autores en la portada. Sus especialidades son las Relaciones Internacionales y los Estudios sobre Educación y su punto de vista es ese Neoinstitucionalismo apadrinado por Meyer desde Stanford, corriente que hasta ahora apenas había entrado en el área de los estudios de ciencia. Esto explicaría también su acercamiento superficial a las discusiones posteriores a los años 1970, su mal uso de la literatura y su ignorancia de algunos de sus argumentos. Ignorancia por la que, por ejemplo, hacen a Mulkey representante del Programa Fuerte y toman éste como un ataque a la ciencia (lo que revela que no han leído los trabajos de uno y de otro). Desconocimiento por el que a renglón seguido abrazan el Constructivismo bergeriano. Ignorancia por la que rechazan aquellos trabajos del Programa Fuerte o escriben que no les interesan los "compromisos" que muestran Crane, Latour o Callon entre las posturas extremas (p.15), pero definen la ciencia como "(...) *lo que ocurre en las principales instalaciones de investigación (...) pobladas por investigadores doctorales (...)*" (p. 5) o la operativizan como "(...) *las actividades que las organizaciones relevantes y los patrones de discurso toman por ciencia*" (id.).

El trabajo seguiría siendo una muestra excelente de investigación en el campo de las relaciones internacionales o sobre la influencia de las organizaciones científicas sobre el proceso de globalización, su primer propósito, si renunciara a su ambición teórica excesiva o a la tentación de sobreinterpretar sus resultados y su material empírico, por lo demás, excelente. En opinión de quien escribe, los autores no cumplen con su promesa: "*Nuestro estudio no da por descontada la dada-por-descontada autoridad de la ciencia, sino que la*

trata como el fenómeno central que ha de ser examinado y explicado" (p. 6). Por eso, y puesto que la mayor parte de los errores que he glosado están en la Introducción y en las contradicciones entre esa Introducción y el resto de los capítulos, recomiendo al lector que evite esas primeras veinte páginas (así como el perfectamente superfluo capítulo segundo) y disfrute de una buena investigación corriente.

El libro, que ha recibido la mención honorífica del premio Barrington Moore de la American Sociological Association, ha sido publicado en castellano por la editorial Pomares en 2006.

REFERENCIAS

- Bellavista, J. y Renobell, V. (1998): *Science, technology and innovation in Catalonia: Actors, knowledge and paradigms*, trabajo presentado en la Reunión de la European Association for Studies of Science and Technology (Lisboa, octubre).
- Drori, G. S.; Meyer, J. W.; Ramírez, F. O. y Schofer, E. (2006): *La ciencia en la política mundial moderna. Institucionalización y Globalización*, Barcelona, Ediciones Pomares.
- Etzkowitz, H. y Leydesdorff, L. (comps.) (1997): *Universities in the Global Knowledge Economy: A triple helix of university-industry-government relations*, Londres, Cassell.
- Finnemore, M. G. (1991): *Science, the State and International Society*, tesis doctoral, Stanford University.
- Finnemore, M. G. (1996): *National Interests in International Society*, Ithaca, Cornell University.
- Gibbons, M.; Limoges, C.; Nowotny, H.; Schwartzman, S.; Scott, P. y Trow, M. (1994): *The new production of knowledge. The dynamics of science and research in contemporary societies*, Londres, SAGE.
- Merton, R. K. (1938): "Science, Technology and Society in Seventeenth Century England", *Osiris*, n.º 4, pp. 360-632.
- Salter, A. J. y Martin, B. R. (2001): "The economic benefits of publicly funded basic research: a critical review", *Research Policy*, vol. 30, n.º 3, pp. 509-532.
- Veblen, Th. (1906): "The place of science in modern civilization", *American Journal of Sociology*, vol. XI, n.º 5, 585-609.
- Veblen, Th. (1980, 1906): "La curiosidad ociosa en la sociedad", en B. Barnes (comp.), *Estudios sobre sociología de la ciencia*, Madrid, Alianza Editorial.
- Veblen, Th. (1993, 1906): "El lugar de la ciencia en la civilización moderna", *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, n.º 61, pp. 213-232.

Por Remo Fernández Carro
Universidad Carlos III de Madrid

¹ *The place of science in modern civilization*, no obstante, ha sido traducido al castellano en

dos ocasiones al menos: en el volumen que compiló Barry Barnes (1980) y en la *Revista Española de Investigaciones Sociológicas* (1990).

² *Actorhood* se traduce a veces como agencia o agentividad.

³ [3] La discusión del capítulo décimo, no obstante, no es concluyente. Por un lado, supone que el efecto de la ciencia sobre el crecimiento económico se expresa como el efecto del número de publicaciones científicas o patentes sobre el crecimiento del PIB; pero operativizar la ciencia por el número de sus publicaciones muestra una concepción estrecha sobre la forma en que se difunde la producción científica (véase por ejemplo Salter y Martin, 2001) y operativizar el efecto como el crecimiento del PIB es insuficiente si se quiere estudiar el efecto de las ciencias menos aplicadas, cuando se podría estudiar el crecimiento de otros indicadores (de bienestar o de desarrollo humano). Puede que haya influencia sobre aspectos diferentes de la renta, puede que la influencia se dé por mecanismos diferentes de las publicaciones científicas. Por otro lado, las variables incluidas en los modelos muestran una fuerte correlación entre sí, bien conocida, como la que tiene la productividad científica con el nivel de desarrollo o éste con el nivel de democratización; en lugar de un estudio de la multicolinealidad o alguno de sus indicadores los autores se limitan a asegurar que "(...) la estabilidad general de los coeficientes y los errores estándar a lo largo de los modelos especificados provee cierta confianza de que la multicolinealidad no está afectando nuestros resultados" (242). Que el lector decida.

HERRÁN, Néstor

Aguas, semillas y radiaciones. El laboratorio de radioactividad en la Universidad de Madrid, 1904-1929

(Madrid: CSIC, 2008) Estudios sobre la Ciencia 52. 272 pp.

En 1904 la radioactividad (el autor utiliza y justifica su opción por radioactividad) hace su entrada triunfal en la ciencia. Rutherford y Soddy ven triunfar su hipótesis de la desintegración radioactiva y Becquerel y el matrimonio Curie obtienen el Premio Nobel de Química. Ese mismo año, un profesor español, José Muñoz del Castillo, funda en España el primer laboratorio dedicado a la radioactividad que contó con grandes ayudas y el beneplácito oficial. Frente a este apoyo, el laboratorio no gozó del reconocimiento de la comunidad científica de su época, dado que sus planteamientos chocaron con el paradigma dominante.

Historiar la radiactividad es tarea que ha ido conceptual y metodológicamente evolucionando a lo largo del tiempo desde Alfred Romer (1970) a George Brown (2002). Se han estudiado también la historia de laboratorios concretos como el Marie Curie, y las relaciones entre la investigación y la industria. Contrariamente se ha prestado muy poca atención a los estudios en los que la radiactividad se ha relacionado con la biología, la agricultura, con las aguas, radioterapia o farmacología radioactiva.

El Instituto de Radiactividad ha sido historiado con anterioridad por Leal Luna (1953) a partir de una fuente principal: el *Boletín de Radiactividad* creado en 1909.

El profesor Herrán ha ampliado notablemente el catálogo de las fuentes al realizar su trabajo, revisando las diferentes revistas científicas españolas relacionadas con el tema, las bases de datos del *Chemical*

Abstracts, la principal revista francesa, *Le Radium*, los semanarios españoles de divulgación científica y la prensa española y extranjera, los libros técnicos y de divulgación, los documentos oficiales y los archivos de múltiples instituciones: Residencia de Estudiantes, Archivo General de la Administración, CSIC, Reales Academias, UCM, y Archivo Histórico Nacional.

Con todos estos elementos, el autor ha estructurado su obra en ocho capítulos. El primero, "Un 'elemento subversivo': La apropiación de la radioactividad en España" nos relata la aparición del nuevo fenómeno y el interés que despertó en su momento, del cual España no fue ajena. El segundo describe la carrera académica de José Muñoz del Castillo. Le sigue el dedicado al origen del Laboratorio de Radioactividad y sus recursos iniciales y primeras investigaciones. El cuarto está dedicado a la historia de la radiactividad y la hidrología médica. Le sigue el titulado "Política, Publicaciones y Públicos: El Instituto de Radiactividad". El sexto capítulo narra un aspecto importante y nuevo dentro de la historia de la investigación radioactiva: la radioagricultura, la utilización de abonos radioactivos y la extensión de la agricultura radioactiva, lo que el autor denomina "Una maravilla agrícola". "Instrumentos y medidas" relata la actividad del Instituto de Radiactividad entre 1917-1920 y su vertiente metrológica, en concreto las gestiones de Muñoz para obtener un patrón del radio. El último capítulo estudia "el declive de la radiactividad en España". En él se narra la crisis de la agricultura radiactiva, la jubilación de

Muñoz y su repercusión sobre el Instituto, el período comprendido entre 1923-1929 (José Muñoz del Castillo fallece el 30 de enero de 1926). Tras el final de la Guerra Civil y la disolución de la JAE, el Laboratorio de Radiactividad de la Universidad Central pasa a depender del CSIC y se transforma en una sección del Instituto Nacional de Geofísica (ING). El autor titula la Conclusión con una interrogante: ¿Una Ciencia periférica? Y efectivamente lo fue. A ello contribuyeron graves problemas estructurales, y en concreto, la falta de una industria capaz de apoyar y sufragar el gasto de las investigaciones; pues aunque el apoyo monetario oficial fue notable, la enorme carestía del radio obligó a Muñoz a trabajar con mínimas cantidades de material radiactivo con lo subsiguientes problemas de medición y estandarización. Un aspecto importante fue el bajísimo reconocimiento internacional, fruto del empecinamiento de Muñoz de seguir el paradigma eche-gariano, imperante en España, frente a la teoría de la desintegración radioactiva de Rutherford y Soddy, lo que le llevó a una sólida posición académica, pero le mantuvo ayuno de valoración de su trabajo en el extranjero; y sus intentos de comunicación con sus colegas de fronteras a fuera se mostraron infructuosos.

El estudio se completa con varios Anexos. El primero aborda la conveniencia de utilizar los términos Radiactividad o Radioactividad y reproduce el artículo publicado por Muñoz del Castillo en los *Anales de la Sociedad Española de Física y Química* con el título "Cuestiones lingüísticas sobre

algunas palabras nuevas introducidas en nuestro idioma con motivo de la radiactividad" (diciembre de 1906, 8, pp. 443-444). El segundo Anexo es el programa de las diez lecciones del "Curso Abreviado de Radiactividad" de 1908, y cuyos contenidos fueron publicados en el *Boletín de Radiactividad* (1910-1911). El tercer Anexo reproduce el artículo aparecido en *El Sol* el 31 de marzo de 1920, p. 3, "La radiactividad del torio como maravilla agrícola", en el que se

daba cuenta de la conferencia pronunciada por Muñoz del Castillo en la Asociación de la Prensa. En el mismo, el conferenciante afirmó que la dispersión de un gramo de nitrato de torio por una hectárea de terreno incrementaba la producción de cebada y otras especies agrícolas hasta en un 200%. Finalmente, el Anexo IV reproduce los índices del *Boletín de Radiactividad* (1909-1929); (1949-1953). El volumen concluye con una relación de Fuentes y

Bibliografía: Archivos consultados, Bases de datos y recursos digitales, Colecciones de Revistas, Entrevistas orales, Referencias primarias y Referencias secundarias.

En resumen, un excelente trabajo y una rigurosa y documentada visión de un capítulo poco conocido de la ciencia española.

Por **Alberto Sánchez Álvarez-Insúa**
(Instituto de Filosofía CSIC)

SEBASTIÁN, Jesús; RAMOS VIELBA, Irene y FERNÁNDEZ ESQUINAS, Manuel (editores)

¿Hacia dónde va la política científica (y tecnológica) en España?

Encuentro Nacional sobre Política Científica (Córdoba: CSIC, 2008)

Entre los días 21 a 23 de mayo de 2008 tuvo lugar en Cáceres el Encuentro Nacional de Política Científica y Tecnológica organizado por la Red CTI/CSIC de "Estudios políticos, económicos y sociales de la ciencia, la tecnología y la innovación", bajo los auspicios del CSIC y la Fundación para el Desarrollo de la Ciencia y la Tecnología de Extremadura (FUNDECYT). El debate reunió a setenta expertos y gestores de la política científica y tecnológica, estructurándose en cuatro grandes sesiones:

Gobernanza de la política científica.

Las lógicas de los actores de la I+D (tanto la comunidad científica como las empresas).

La cooperación público-privada en sectores intensivos en conocimiento.

La descentralización de la política científica.

El libro que ahora se nos ofrece se estructura en cuatro grandes apartados:

Información general sobre el encuentro: organización, objetivos, Comité Científico, participantes, formato del encuentro, temas y programa.

Resumen del encuentro elaborado con las propuestas de las ponencias y el contenido de las relatorías de las cuatro sesiones. Se enumeran hasta 18 apartados.

Un gran apartado, que ocupa las páginas 18 a 130 reproduce el Desarrollo de las sesiones, a partir de las grabaciones que de las mismas se hicieron.

El apartado final está dedicado a las Relatorías de las cuatro sesiones. Los relatores fueron Javier Echevarría, Javier López Falcal, Elena Castro Martínez y Uxío Labarta.

El libro incluye también un anexo con el listado de participantes.

Gran acierto el de los organizadores del encuentro, en unos momentos en que las estructuras de I+D están cambiando a toda velocidad, y aún mayor el esfuerzo de la REDCTI, el CSIC, FUNDECYT y el IESA (Instituto de Estudios Avanzados CSIC) de ofrecernos esta publicación que recoge el sentir y el pensar de nuestros mejores expertos en política científica.

Por **Alberto Sánchez Álvarez-Insúa**
(Instituto de Filosofía CSIC)

PÉREZ VEJO, Tomás

España en el debate público mexicano, 1836-1867. Aportaciones para la historia de una nación

México, El Colegio de México, Escuela Nacional de Antropología e Historia, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2008. Colección "Ambas Orillas", 467 pp.

Si nos dejásemos guiar sólo por lo que anuncia el título, bien parecería que este libro se ocupa del estudio de las relaciones diplomáticas entre la antigua colonia y su metrópoli. Nada más lejos de la realidad. Lo que Tomás Pérez Vejo aborda en este trabajo es el estudio del papel de las identidades en la construcción de los imaginarios colectivos que van a conformar dos proyectos de nación mexicana bien diferenciados, centrándose en la imagen que de España van a articular liberales y conservadores. Se trata, por tanto, de un tema mucho más complejo y apasionante.

Pérez Vejo nos presenta desde la exposición del caso mexicano las particularidades que vamos a encontrar en la construcción de las naciones latinoamericanas. Como ya se ha repetido en multitud de ocasiones, los procesos de construcción de naciones necesitan para definirse diseñar y proyectar un "otro", inventar a aquel que va a ser identificado como lo opuesto, en muchas ocasiones como el enemigo. En la búsqueda de esa alteridad los próceres mexicanos tuvieron que afrontar una circunstancia difícil a la hora de elaborar una identidad como es su descendencia directa de los españoles a los que deben rechazar. El autor hace hincapié en esta cuestión central a lo largo del texto algo que a primera vista puede parecer evidente, ha sido obviado por la historiografía encargada de los estudios de los procesos de construcción nacional. La definición y negación del "otro" se realiza en el caso latinoamericano

desde la misma lengua, la misma religión y desde un sustrato cultural con muchos rasgos comunes. Este hecho complica el proceso de creación de un discurso nacional que legitime el nuevo Estado. No podemos perder de vista que se trata de un período crucial donde todo está sometido a debate, el modelo de Estado, su organización territorial, el tipo de sociedad, etc. El debate acerca de la antigüedad de la nación resulta en este sentido apasionante. Por un lado, la necesidad de negar todo lo español por parte de los liberales les lleva a reivindicar como nación un pasado al que en su inmensa mayoría son totalmente ajenos. Por otro, los conservadores, en su afán de reivindicar el pasado colonial, se quedan sin elementos para construir ese "otro" imprescindible situándose en una desventaja importante con respecto a sus competidores a la hora de imponer su modelo de nación.

La cronología elegida por Pérez Vejo, 1837-1867, nos permite ver la pugna entre dos proyectos políticos de nación, el liberal y el conservador, y la contraposición de imaginarios que dejan entrever. Ambos proyectos son irreconciliables entre sí y se van a confrontar precisamente en la cronología que propone el autor. Se muestra un proceso de construcción nacional donde se debaten y confrontan dos visiones en torno a aspectos fundamentales como las fechas fundacionales, quiénes están llamados a ser los héroes nacionales, cuáles fueron las razones últimas de la independencia y cómo imaginan, explican e interpretan el

papel de los españoles en todo ese proceso. Lo que vemos, en definitiva, es la invención de la nación, la construcción de las "comunidades imaginadas" de Benedict Anderson. En el debate entre 1836-1867 se asientan las bases principales que van a conformar esa comunidad imaginada. Con el triunfo del proyecto de Estado liberal en 1867 y el fusilamiento de Maximiliano, será también el proyecto de nación liberal, con su imaginario el que se asiente definitivamente. Porque como bien dice el autor, es el Estado y no el pueblo quien construye la nación.

En este trabajo nos encontramos una vez más la maestría de Tomás Pérez Vejo para compatibilizar el manejo de una gran cantidad de fuentes de diversa procedencia junto con su ya conocido dominio de la teoría política como ya demostró en otras obras de imprescindible lectura para los investigadores acerca de la nación y las identidades¹. Respecto a las fuentes cabe resaltar la exhaustiva búsqueda en fuentes hemerográficas de España, México, Estados Unidos y Cuba. Pérez Vejo maneja en torno a un centenar de publicaciones periódicas que junto con un folletos, discursos y demás publicaciones de la época resultan un material excepcional para cualquier estudio relacionado con los imaginarios y las construcciones identitarias.

Varias y muy valiosas son las aportaciones que a mi juicio realiza este libro. En primer lugar, la llamada de atención que Tomás nos hace sobre la necesidad de tener en

consideración las particularidades latinoamericanas en el estudio de sus procesos de construcción de identidades nacionales. Obras como la coordinada por Francisco Colom², donde el autor de este libro también participa, son un avance importante en este sentido. Sin embargo, parece imprescindible la necesidad de ir más allá hasta definir un modelo teórico que aborde estas particularidades, que tenga en cuenta las circunstancias latinoamericanas a la hora de definir sus naciones.

La segunda gran aportación del libro de Pérez Vejo tiene que ver con el análisis que hace de los imaginarios liberal y conservador mexicano. A lo largo de los seis capítulos nos presenta los elementos fundamentales que articulan las bases de esos imaginarios, sus modos de concebir y explicar la nueva realidad mexicana, así como las invenciones que van a construir para justificar sus propias posiciones y aspiraciones políticas. Con ejemplos bien seleccionados, como el debate en torno a las figuras de Hidalgo e Iturbide, aportan abundante munición para rebatir aquellas explicaciones historiográficas basadas en

la propagación de mitos que todavía hoy proliferan en el panorama mexicano.

Un tercer aspecto que resulta muy interesante es su propuesta referida a los debates sobre la hispanofobia y la hispanofilia en México, un tema muy actual en los debates historiográficos mexicanos³. El gran acierto de Pérez Vejo es romper con esa dualidad un tanto mecanicista que aparece en algunos estudios sobre esta cuestión. No se trata de categorías opuestas e inmutables, sino más bien de actitudes cambiantes, exacerbadas en los discursos y suavizadas en las prácticas.

Por último, el libro nos parece muy útil para establecer también elementos de historia comparada con otros procesos de construcción nacional que no tienen porque ser necesariamente latinoamericanos. Pérez Vejo nos habla en su introducción de la formulación de la guerra de independencia definida por los mexicanos como una lucha entre criollos y peninsulares como una visión interesada. Detrás de ese conflicto pugnaban proyectos diferentes de nación. En estas coordenadas se mueve

también aspectos de la historiografía nacionalista española con la llamada Guerra de Independencia como bien ha definido José Álvarez Junco.

En definitiva, el trabajo *España en el debate público mexicano, 1836-1867* de Tomás Pérez Vejo, es una obra de magnífica factura, novedosa en aspectos metodológicos que abre muchas expectativas de análisis de un problema complejo y fascinante.

Por Jorge de Hoyos Puente
(Universidad de Cantabria)

¹ Véase su obra Tomás Pérez Vejo: *Nación, identidad nacional y otros mitos nacionalistas*, Oviedo, Nóbel, 1999.

² Nos referimos a *Relatos de Nación. La construcción de las identidades nacionales en el mundo hispánico*, Madrid, Iberoamericana, Vervuert, 2005.

³ Obras como la coordinada por Delia Salazar *Xenofobia y xenofilia en la historia de México, siglos XIX y XX*, México D.F., Instituto Nacional de Migración, INAH, DGE Ediciones, 2006, son una buena prueba de ello.